



Entre barracas y tragedias: Rosa Oporto en la Amazonía boliviana (1892-1894)

Between Rubber Camps and Tragedy: Rosa Oporto in the Bolivian Amazon (1892–1894)

Lorena Córdoba^{1,2}  <https://orcid.org/0009-0006-2409-0444>

¹ Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ARGENTINA. Email: lorena_cordoba@uca.edu.ar

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ARGENTINA.

Resumen

En la cuenca amazónica el desarrollo de la industria del caucho alcanzó su auge entre finales del siglo XIX y principios del XX, y transformó el paisaje selvático de países como Brasil, Perú, Bolivia, Colombia o Ecuador. En Bolivia, esta transformación fue impulsada por avances tecnológicos, legislativos, políticos y, asimismo, por la propia política de inmigración que abastecía de mano de obra a la industria extractiva. Entre muchos otros relatos masculinos de viajeros, religiosos, políticos y naturalistas del período, los artículos periodísticos de Rosa Oporto, una joven de la burguesía paceña, nos brindan una perspectiva única: durante casi dos años de travesía por la selva, la muchacha recorrió los ríos amazónicos, experimentó un naufragio trágico en los rápidos y hasta sufrió la muerte de su hermano. A pesar de eso, logró reportar su experiencia, y su testimonio nos ofrece una infrecuente mirada femenina en la literatura sobre la era del caucho.

Palabras clave: Amazonía boliviana, mujeres, relatos de viaje.

Abstract

In the Amazon basin, the rubber industry reached its peak between the late 19th and early 20th centuries, transforming the jungle landscape of countries such as Brazil, Peru, Bolivia, Colombia, and Ecuador. In Bolivia, this transformation was driven by technological, legislative, and political innovations, also by immigration policies that supplied labor to this extractive industry. Among the many accounts written by travelers, priests, politicians, and naturalists of the period, the journalistic reports of Rosa Oporto, a young woman from the La Paz bourgeoisie, offer us a unique perspective: during almost two years of travel through the jungle, she traveled the Amazonian rivers, experienced a tragic shipwreck in the rapids, and even suffered the death of her brother. Nevertheless, she managed to report her unique experience, and her testimony offers us a rare feminine glimpse into the rubber boom era.

Keywords: Bolivian Amazon, women, travel writing.

Recibido: 7 agosto 2025 | Aceptado: 29 enero 2026

Introducción: mujeres que escriben

Una cachuela es el absurdo de la naturaleza en pugna contra el hombre; es el abismo, la muerte, la cólera sorda y bravía de las aguas, dispuestas como un monstruo que tiene las fauces abiertas, a tragar hombres y embarcaciones a su paso. (López Ballesteros, 1899, p. 25)

Hacia la mitad del siglo XIX, ya se habían publicado algunas de las más famosas obras precursoras de la literatura de viaje escritas por mujeres luego de sus travesías por Sudamérica. Se trata de relatos que no sólo reflejan la política del expansionismo de las grandes potencias sino, al mismo tiempo, una mirada particular del continente forjada a partir del punto de vista femenino, como en el caso de Flora Tristán (2022) y María Graham (1824).

Consideradas como el producto de auténticas “exploratrices sociales” (Pratt, 2011, p. 288), esas narraciones delineaban los contornos discursivos del género de la literatura de viaje protagonizada por mujeres del mundo burgués europeo y norteamericano. En efecto, Tristán en Perú y Graham en Chile fueron testigos directos de los procesos independentistas latinoamericanos, lo que les permitió observar y documentar de primera mano los dramas políticos, las luchas militares y los cambios sociales profundos que acompañaron a la formación de los incipientes Estados nacionales. Estos acontecimientos, por tanto, no fueron un mero telón de fondo para sus escritos sino elementos narrativos centrales que estructuraron su relato, su recorte de los datos y su análisis de la realidad:

Los relatos de estas mujeres no sólo son de base urbana más que rural, sino que además siguen un programa descriptivo diferente. La vida social y la vida política son focos de compromiso personal; ambas muestran poseer un fuerte interés etnográfico [...] tienen poco interés inmediato en los eventos que transcurren a su alrededor y escriben en una línea más interpretativa y analítica. (Pratt, 2011, pp. 292-293)

Sin embargo, no son las únicas autoras que nos dejaron sus narrativas sobre aquella época. Hoy en día, surge con cada vez más fuerza una cantidad de publicaciones dedicadas a explorar y analizar a las diversas viajeras y a sus escritos, ya sea de mujeres que provenían de Europa hacia Sudamérica o de bien mujeres criollas que viajaban dentro de su país. Para contextualizar el legado de varias de esas autoras, por ejemplo, podemos destacar la compilación y edición de textos que hace Sara Guardia, empezando por el viaje de Francisca Pizarro Yupanqui, que llega a Sevilla a mediados del siglo XVI: “El impulso decisivo de las vanguardias historiográficas y feministas de la segunda mitad del siglo XX ha logrado rescatar para la memoria histórica y colectiva la existencia de muchas de estas mujeres, y a las viajeras como sujeto histórico” (Guardia, 2023, p. 9). Asimismo, las contribuciones de Buck (1998) y Altuna (2004) siguen esa misma línea y nos brindan interesantes detalles y descripciones sobre otras mujeres viajeras en Sudamérica, trayéndonos voces que

fueron silenciadas durante mucho tiempo, y a la vez permitiéndonos recalibrar la mirada a lo particular y lo local, y reconstruir al hacerlo una multiplicidad de significados sociales. Por su parte, otras investigaciones sobre viajeras europeas y criollas nos ofrecen lineamientos adicionales sobre la literatura de viajes, al analizar los modos específicos en los que la escritura femenina se relaciona con este género literario y con el interés que se percibe en la narrativa de viajes de la región por la definición y debate de las identidades nacionales:

Las mujeres viajeras son testigos de las transformaciones sociales, políticas y económicas que han dado lugar al surgimiento de una nación independiente y al recorrer espacios propios y ajenos, surge indefectiblemente entre ellas la necesidad de establecer personalmente cómo debe ser ese nuevo territorio del cual, además, quieren participar activa y públicamente. (Miseres, 2010, p. 254)

Es, por lo tanto, en esta peculiar literatura de viaje escrita por mujeres que, hacia fines del XIX y comienzos del XX, las diversas viajeras van conformando su propia identidad y, a la vez, develan a su modo el pasaje de un modelo colonial a un nuevo modelo de sociedad que consolida la idea y la práctica del Estado-nación. Veremos, por otra parte, que a la vez no existe una categoría descriptiva única que englobe a todas esas viajeras, sobre todo cuando se cruzan variables diversas como la nacionalidad, la educación, el propósito del viaje o el contexto socioeconómico, que inyectan una dosis de heterogeneidad en el género literario de las exploratrices.

En este trabajo, nuestro objetivo es analizar la particularidad autorial de las publicaciones de una joven viajera paceña, Rosa Oporto, entendiéndola, más que como un mero “testigo” de travesía, como una verdadera “creadora de una visión en clave femenina que trasciende el simple testimonio de la realidad que contempló” (Guardia, 2023, p. 9). En primer lugar, para colocar su narrativa en contexto, haremos un breve repaso de los escasos escritos legados por mujeres que visitaron la Amazonía durante el auge cauchero (1880-1920), distinguiendo aquellas narrativas que fueron pensadas como textos privados —es decir las cartas o diarios íntimos— de aquellas otras que fueron pensadas para ser publicadas y leídas por el público. Luego, propondremos un análisis más detallado de la propia escritura de Rosa Oporto, para apreciar en dónde detiene su mirada, qué sucesos fueron los que la hicieron escribir y el contexto específico en el cual publica sus artículos periodísticos. A través de sus notas en un periódico paceño, de hecho, Oporto nos informa acerca de las transformaciones fundamentales que estaba sufriendo la Amazonía en un contexto extractivo que marcó una época crucial de consolidación del Estado boliviano y sus fronteras. Sus palabras, por tanto, nos sirven para modelar una mirada alternativa sobre el desarrollo histórico de una región hasta entonces olvidada por el poder político centralizado en la región andina. Finalmente, siguiendo algunos postulados de los estudios sobre las viajeras y su literatura, aventuramos algunas conclusiones respecto de los aportes específicos de Rosa Oporto y el legado que su narrativa nos deja.

El difícil rastro de la escritura femenina

Encontrar antecedentes de escritura femenina en la historia de la Amazonía boliviana –y específicamente en el contexto del auge de la goma elástica o caucho¹– es una tarea compleja. Sabemos que, a partir de mediados del siglo XIX, el norte de Bolivia experimenta un proceso de transformación profunda impulsado por la expansión de la industria cauchera: emergen de la nada las nuevas ciudades, florece el comercio, los puertos fluviales rebosan de actividad destinada a satisfacer la creciente demanda internacional de goma y una ola de aventureros, exploradores, naturalistas y colonos llega a una región hasta entonces casi inexplorada. Todo ese movimiento tectónico del paisaje amazónico se plasma en una masa de crónicas, informes y noticias: aparecen los folletines que reportan el día a día de la exploración, los libros de viaje compilan las memorias de los viajeros, y los artículos en los periódicos nacionales y regionales publicitan cada epopeya selvática como una auténtica hazaña del progreso. Sin embargo, cuando se trata de rastrear en esa literatura relatos escritos por mujeres, nos topamos con que el hecho de que la historia del llamado “Oriente boliviano” (por ejemplo, Fifer, 1970; García Jordán, 2001; Roca, 2001²) suele ser, por así decir, una historia escrita en masculino (Córdoba, 2019, 2024c). A lo sumo podemos encontrar un manojito de referencias aisladas, frecuentemente olvidadas, que no sólo revelan la escasa presencia femenina en la maquinaria discursiva de la época sino a la vez la invisibilización de sus voces en una épica construida en función de la mirada masculina (Córdoba, 2024a, 2024b).

Algo similar sucede si estudiamos las imágenes que acompañan las crónicas de las travesías hacia el norte amazónico: no solamente ilustrando los libros y artículos publicados, sino también los álbumes de fotografías anónimos, que circulan de forma privada o local a través de distintos círculos privados, familiares y sociales. La mujer casi siempre aparece en las mismas como un actor secundario, lateral, sin una agencia ni un papel específico. Así, por ejemplo, podríamos entender la fotografía que sigue, que pertenece a uno de esos álbumes repletos de imágenes glosadas con escuetos epígrafes (Figura 1).

¹ Dado que no es el objetivo de este trabajo, no nos detendremos en las diferencias técnicas entre la extracción del ‘caucho’ (*Castilla elastica* o *Castilla ule*) y la ‘goma’ (*Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*), por lo que ambos términos serán empleados como sinónimos.

² Durante la década del 2000 se discutió en Bolivia la relevancia del término ‘Oriente’. Así, por ejemplo, según Pilar García Jordán (2001), sería más apropiado hablar de ‘los Orientes’ para referir a la región norte/nordeste (o sea la Amazonía) y a la sur/sureste (el Chaco) de Bolivia dado que, pese a ser regiones geográficas distintas, pueden equipararse en cuanto a población, ecosistema, recursos e incluso en el hecho estratégico de su incomunicación respecto de otras zonas del país. Aquí nos referimos particularmente a la región norte/noreste de Bolivia.



Figura 1. Viajeros al Beni, ca. 1900 (Fuente: © Colección de fotografía boliviana del Instituto Iberoamericano de Berlín).

A contramano de este cuadro general de hiper-masculinización de la crónica extractiva (Córdoba, 2024b), podríamos identificar como una de las primeras excepciones que justifica la regla al libro de la viajera norteamericana María Robinson Wright, titulado *Bolivia. El camino central de Sur-América, una tierra de ricos recursos y de variado interés* de 1907. Como periodista turística, Robinson Wright viajó por varios países de América como Brasil, Bolivia, Chile, Perú y México, se afilió a varias sociedades científicas para compartir sus experiencias y se transformó con el tiempo en una autora de cierto renombre. Tanto, de hecho, que al quedar viuda en 1886 la revista *Sunny South* la contrató por tres años como corresponsal de viajes. Posteriormente incrementaría todavía más su fama de viajera: escribiendo para el *New York World*, se dio a conocer como la mujer que atravesó tres veces Sudamérica viajando 2.000 millas en mula por México y Bolivia. Sin embargo, lo que a nosotros nos interesa de manera particular es que, además de ser una de las pioneras de este tipo de narración, Robinson Wright fue la única mujer de su época que escribe un libro de viajes sobre Bolivia en la época de la goma.

El relato de Robinson Wright cifra la típica mirada sobre la Bolivia republicana de fines del siglo XIX y comienzos del XX; es decir, la percepción de un país andino-centrado que busca atraer a los capitales mineros dedicados a la plata, el estaño o el cobre. Anunciando un viaje a mula de 1.000 millas, la afamada corresponsal emprende

viaje —aunque no realmente a lomo de mula sino más bien en carruaje— y recorre las ciudades más importantes de la Bolivia andina, destacando en su texto el potencial estratégico de ciudades como La Paz, Cochabamba o Sucre.

La relevancia narrativa de esta agenda de promoción industrial y nacional no es menor: de hecho, una de las principales diferencias de la obra de Robinson Wright con respecto a otros libros femeninos de la época es que se trata claramente de un manifiesto de propaganda oficialista. Su viaje es apoyado de forma sistemática por el gobierno boliviano, que la guía en sus excursiones y le brinda en todo momento asistencia logística, y no es un dato casual que el libro esté dedicado al entonces presidente Ismael Montes (Córdoba, 2024b). La autora siempre es recibida por las máximas autoridades políticas, sociales e industriales de cada región, y su descripción pintoresca evoca las actividades filantrópicas de las mujeres de los políticos y representantes de la época: Bethsabé de Montes, la esposa del presidente; Hortensia de Pinilla, la esposa del ministro de Relaciones Exteriores; o bien Aida Gainsborg, la esposa de José María Aguirre Achá. De todas estas mujeres eminentes, Robinson Wright resalta cuidadosamente su contribución solidaria a hospitales, asilos y talleres de costura. Y, al mismo tiempo, es comprensible que buena parte del libro esté dedicada a documentar la vida social boliviana:

[Sucre] Recepciones, soirées, pícnicos y un gran baile que se distinguió por tanto esplendor como si hubiera tenido lugar en una capital europea, fueron los más notables agasajos brindados a las visitantes [Wright y su secretaria], quienes al partir fueron escoltadas hasta la primera posta por el distinguido prefecto doctor Julio La Faye y un acompañamiento de los principales sucrenses, que les ofrecieron un suntuoso almuerzo de despedida. (Wright, 1907, pp. 232-233)

En estas circunstancias, no es particularmente llamativo que, de las 450 páginas de la obra, sólo las últimas 60 estén dedicadas al Oriente boliviano: Santa Cruz, el Beni y el entonces llamado Territorio Nacional de Colonias. El sesgo andino de Robinson Wright apenas se diluye en la última parte de la narración, cuando dedica unas cuantas páginas a la pujante industria gomera, aunque su relato parece apoyarse, en lo fundamental, en material de segunda mano.

En este escrito, como asimismo en los tres casos que siguen, podemos apreciar la notable heterogeneidad implícita en la misma categoría de “viajera” a la que hacíamos mención al inicio. Tal como sugiere Miseres (2017) “aunque comparten una clara perspectiva de género enfocada en el rol de la mujer de la sociedad decimonónica” (p.17), autoras como Robinson Wright y otras escritoras describen lo que las rodea condicionadas por su clase social, por la región o el país del que vienen, el propio destino de sus viajes o el contexto socio-cultural, económico y político. Mal podría delinarse, entonces, una única mirada uniforme a la hora de dar cuenta de las viajeras europeas que llegan a Sudamérica, o bien de las viajeras criollas que recorren países latinoamericanos o, incluso, de su propio país.

Tres viajeras: cartas y diarios privados

Los casos más frecuentes en la esporádica textualización femenina de la Amazonía gomera son las cartas o diarios de viaje. Se trata de una narrativa más breve, privada, que no aspira al carácter sistemático de un libro como el de Robinson Wright, ni quizás siquiera al propósito de ser publicada. Por lo tanto, se trata por lo general de textos más íntimos que sólo ven la luz pública al ser difundidos por los descendientes de sus autoras una vez que éstas fallecen. Si nos ceñimos estrictamente al periodo de la explotación de la goma elástica en el norte boliviano (1880-1920), sólo encontramos tres ejemplos de esta literatura que nos permiten restituir la narrativa de Rosa Oporto a un contexto comparado: la bitácora del viaje de la boliviana Amelia Toledo Suárez de Roca, el diario de la británica Jessie Sisson, y las cartas de otra viajera británica: Elizabeth "Lizzie" Hessel.

Según las editoras del libro de Amelia Toledo Suárez de Roca, sus familiares directos, esta autora cruceña destacaba por sus inclinaciones literarias y escribía notas de prensa, poesías y traducciones de textos en francés e inglés. Al quedar viuda en 1897, Amelia se trasladó a Buenos Aires —donde moriría en 1938— junto con sus hijas menores, mientras que los hijos mayores quedaron en su Santa Cruz de la Sierra natal. Lo que publican sus familiares es la bitácora del viaje que realiza en 1894 junto a su marido, Crisanto Roca Toledo, en el que ambos parten desde Santa Cruz de la Sierra hasta París pasando por Buenos Aires y Asunción (Toledo Suárez, 2014). La conexión —otra vez tangencial— con la industria gomera está dada en este caso por la afinidad matrimonial. Junto con sus hermanos, Crisanto era el dueño de la sociedad Roca Hermanos, dedicada a la explotación gomera a lo largo de los ríos Beni y Madre de Dios. En febrero de 1894, Crisanto solicitó un préstamo de 2.000 libras esterlinas en París a nombre de la firma para conseguir mercaderías e inversiones, y emprende entonces un largo viaje junto a su esposa (Córdoba, 2024b). El diario de Amelia reconstruye ese itinerario a partir del 3 de marzo de 1894, y concluye abruptamente al retornar a Buenos Aires rumbo a Bolivia, el 15 de agosto de ese mismo año. La prosa de Amelia Toledo Suárez de Roca tiene un cierto aire melancólico, que evoca la añoranza por los hijos varones que quedaron en Santa Cruz: "solo me sentía muy impresionada al partir dejando a mis hijos y a mi familia toda, cuya idea me atormentaba tanto y me hace derramar abundantes lágrimas" (Toledo Suárez, 2014, p. 69). Luego del viaje naval hacia París, su relato se vuelve más fluido al registrar los museos a los que asiste, las exposiciones y los mercados que conoce, o las compras que realiza.

Un segundo texto pertinente es, curiosamente, un libro escrito por un hombre. Cecil Beaton era un conocido artista británico que publicó sus memorias y, en ellas, registra la influencia formativa que tuvo en su vida su tía Jessie "Leticia" Sisson (1864-1950), casada con el boliviano Pedro Suárez Saravia en 1889. Este Pedro era sobrino

del renombrado barón cauchero Nicolás Suárez y, además, cónsul de Bolivia en Londres y Madrid, nombrado justamente por Ismael Montes —el mismo presidente que tanto había agasajado a María Robinson Wright.

Lo que aquí nos interesa es que *Uncle Percy*, como lo llama Beaton, y su tía Jessie o Leticia, como era conocida por su familia boliviana, viajaron juntos a Bolivia en 1890. Y cuando ella fallece a los ochenta y cinco años, Beaton heredó de ella una pequeña libreta negra con unas cien páginas escritas a mano, fechada el 26 de junio de 1890, que llevaba el siguiente título: *Un viaje a Sudamérica* (Beaton, 1971). En ese texto, la tía evoca la suntuosa rutina londinense y el viaje con su marido a Bolivia. Desde Panamá, la pareja pasa por Perú y luego sucesivamente por La Paz, Cochabamba, Samaipata y Santa Cruz. Luego de dos años y medio de viaje, llegan a Trinidad, en el Beni boliviano. Tal como Amelia Toledo Suárez de Roca, en ese itinerario Jessie presta mucha atención a la colorida vida social de La Paz o a recordar el ansiado encuentro con la madre de Pedro. Registra la rutina de la vida social, los nombres y apellidos de las mujeres eminentes y, sobre todo, el ambiente europeo que financiaba la bonanza gomera:

Olvidé mencionar el Carnaval de Año Nuevo en Santa Cruz, siendo una de las fiestas más agradables del año entero. Varias semanas antes, las mujeres cosen sus disfraces. Ya que no hay modistas profesionales, la necesidad hace que uno se ponga a trabajar. Nosotras (Elisa, Zoraida Suárez, etc., y yo), hicimos doce vestidos sin gran valor, pero bastante bien cortados y adornados con cintas, mientras que los hombres, dándose igual trabajo que las damas, estaban ocupados comprando los materiales más bonitos (mayormente terciopelo) para los disfraces elegantes. Finalmente, el corso comenzó. Había “sociedades” de distintos colores, tales como la Sociedad Vicaria, con todos vestidos de blanco y sombreros altos puntiagudos, luego la Comparsa de Vestidos de Noche de Dril, en dril blanco puro, con sombreros de ópera [...] encabezando la sociedad en la que todos caminaban en tropas compuestas por entre doce y dieciséis hombres. (Beaton, 1971, pp. 119-120)

A la vez, la originalidad del relato de Jessie radica en que su tono es mucho más íntimo y no deja de lado notas más amargas, como las juergas e infidelidades del esposo que, al parecer, tuvo varias aventuras e hijos extramatrimoniales. Si bien en ocasiones la representatividad de su texto puede quedar condicionada, ya que Beaton intercala los recuerdos de su propia infancia junto a las notas sobre aquella tía excéntrica, el final de su libro, que reproduce la vieja libreta de la tía, permite que aflore al menos parte de la voz de la propia Jessie, cuyo relato improvisado permite apreciar de forma bastante elocuente algunas de sus observaciones y pensamientos. De todas formas, las hojas transcritas de este diario femenino son limitadas y el lector que busca conocer mejor su historia queda rumiando con sabor a poco. Además, tal como en los casos previos de Wright o Toledo Suárez, la conexión con el mundo concreto de la industria cauchera parece un tanto indirecta.

Es justamente por este último punto que el tercer texto de la serie es el caso más revelador. Nos referimos a las cartas de la británica Elizabeth “Lizzie” Hessel a su familia durante su largo viaje desde Inglaterra, iniciado en 1896 junto a su esposo Fred, hacia la Amazonía boliviana (ver Morrison et al., 1985 para la edición original en inglés, o Córdoba, 2024c para su traducción al castellano)³. En efecto, los Hessel se radican en una barraca gomera del río Orthon, en la cual Lizzie permanecerá hasta su muerte acaecida en 1899. En el correo a su familia, la joven londinense relata su estupor ante el exotismo amazónico haciéndose eco de la mentalidad victoriana de la época —y es quizá, justamente, por la crudeza y sinceridad de ese testimonio que sus descendientes han decidido publicar tan sólo una parte de ese material epistolar. En efecto, además de escribir un diario íntimo que se perdería luego de su muerte, Lizzie mantuvo religiosamente la costumbre de escribir a su familia durante los tres años de su aventura boliviana.

Fred había sido contratado por The Orthon Rubber Company, la firma de Antonio Vaca Diez. Por lo tanto, luego de casarse, la flamante pareja emprendió el viaje a la selva boliviana haciendo la parada inicial en el Grand Hotel del Boulevard de París. El 16 de diciembre de 1896, Lizzie redacta desde allí la primera carta a sus padres: “no creo tener más noticias en este momento porque todavía no empecé a ver los lugares de interés, pero les escribiré en cada oportunidad que pueda” (Córdoba, 2024c, p. 98). La jovencita conservaría el ímpetu epistolar durante toda la estadía en Bolivia: más allá de algunas cartas perdidas, lo cierto es que la familia recibió un total de cuarenta y seis cartas escritas por su hija y cinco misivas adicionales escritas por su yerno Fred.

Las veinte cartas que Lizzie escribe desde la barraca Orthon, con el matrimonio ya asentado en la selva boliviana, son indudablemente las de mayor riqueza antropológica. Lizzie no sólo nos ofrece el único testimonio de una mujer escrito en primera persona en tiempos de la explotación gomera, sino a la vez una descripción —en algunos momentos idealizada y en otros descarnada— del extractivismo visto desde el propio corazón de la industria. En la Figura 2, por ejemplo, puede apreciarse lo que podríamos llamar estructura mínima de esa industria: una barraca cauchera en plena selva amazónica, que retrata a una mujer y a varios hombres posando en una de las tarjetas postales que circulaban profusamente en la época.

³ Para un análisis más detallado de las historias de todas estas mujeres y su relación específica con la industria gomera, ver Córdoba, 2024b.



Figura 2. Habitación de un gomero, Bolivia. Tarjeta postal de la época, ca.1900 (Fuente: Sobre n° 2 © Colección privada de la familia Hecker Rojas).

Las observaciones de Lizzie Hessel nos aportan una mirada única sobre la operación cotidiana de la industria y sus matices. Así, por ejemplo, al relatar su estancia en Mishagua, la sede del célebre socio de Vaca Diez, el cauchero peruano Carlos Fermín Fitzcarrald, la joven reporta sin pruritos la forma en que el empresario y su esposa gobiernan despóticamente la barraca. En un episodio particularmente notable, reporta el ataque de unos “salvajes” a unos picadores de goma, que en represalia atrapan y asesinas a dos de los atacantes: una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna. O, en otra ocasión, llega a observar a las canoas que abastecen a la barraca remontando los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, para capturar niños indígenas que luego serían vendidos como esclavos:

Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, se escaparon hace unas semanas, pero los atraparon y los trajeron de vuelta. Fueron encadenados esa noche y al día siguiente fueron golpeados tanto que quedaron exhaustos y ya no lloraban; y observando todo el tiempo estaba la señora Fitzcarrald. Ella es una bruta; me sentí tan mal que tuve que alejarme de la casa. Ahora ella los encadena a su cama todas las noches. Ella misma golpea a todos sus sirvientes una vez por semana. (Córdoba, 2024c, p. 163)

Los ejemplos bastan para advertir que las cartas de Lizzie Hessel constituyen un testimonio realmente excepcional sobre la historia gomera boliviana. Sus observaciones ponen sobre el tapete muchos de los prejuicios implícitos en la moral paternalista, la retórica del orden y el progreso, el discurso civilizador, el sexismo, el racismo y hasta la violencia propios de un extractivismo rapaz. Y, justamente por eso,

tal vez termine siendo paradójico su propio desencanto cuando confiesa que no alcanza a comprender por qué los trabajadores huyen a la selva y rehúsan el espejismo de “civilización” que les ofrece la aventura gomera, o bien la desesperación de la pequeña niña indígena que devora su propia ropa por las noches, acaso una variante de la geofagia que reiteradamente reportan las fuentes de la época entre los trabajadores criollos e indígenas:

Dos indígenas han muerto de disentería, pero la única cura que usan ellos para cada enfermedad es agua fría, con lo que en nueve casos sobre diez matan a sus pacientes. Cuando muere alguien todas las mujeres empiezan a llorar y gemir y hacer un ruido espantoso y el día siguiente todos se emborrachan. Un niño murió luego de comer tierra, que es algo que hacen muchos en esta parte del país. No los puedes parar una vez que empiezan, pero siempre mueren. Fred ha encargado a Cumaria las provisiones para nuestro próximo viaje; nuestra gente tiene un apetito tan enorme que nos estamos quedando cortos: tendrían que ver los platos llenos de arroz que comen. (Córdoba, 2024c, p. 161)

Rosa Oporto en contexto

Dijimos que, hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, las noticias sobre la Amazonía boliviana plagaban las publicaciones de la época: folletines, panfletos, periódicos, semanarios, artículos, revistas académicas y, por supuesto, libros. Cada autor tenía algo que decir sobre esas tierras maravillosas, pero hasta entonces ignoradas por la imaginación popular y que, de repente, se revelaban como una fuente de riquezas insospechadas. No sólo se trataba del atractivo económico del llamado “oro negro”, con su potencial de apertura a los mercados de Europa y Norteamérica, sino a la vez de la repercusión multifacética del boom en una región afectada a nivel social, étnico, demográfico, político y hasta militar, ya que el caucho constituyó un factor clave en la fijación de las fronteras nacionales de forma pacífica o armada, como en el caso de la Guerra del Acre de 1899-1903 entre Bolivia y Brasil (Córdoba, 2019, 2024a; Fifer, 1970; García Jordán, 2001; Roca, 2001).

En ese contexto efervescente se multiplican las expediciones seculares como las de José Manuel Pando, Manuel Ballivián o Timoteo Mariaca, por nombrar sólo algunos de los nombres embanderados en las consignas del orden y el progreso. También hay expediciones religiosas como las de Nicolás Armentia, con el doble propósito de documentar la geografía de la Amazonía y emprender la cristianización de las tribus “salvajes” o “bárbaras” que todavía no habían sido sometidas (Villar, 2022). Lo cierto es que, ya sea enarbolando la bandera del progreso, o bien la de la religión, o ambas, casi todas las expediciones de la época dejan narrativas sobre sus hallazgos:

La presencia de numerosas tribus de salvajes en la parte alta del Madre de Dios es el único inconveniente que podría oponerse al desenvolvimiento de esta magna empresa [...] creemos que ha de establecer, en resguardo de los intereses industriales de aquella zona, una guarnición en el punto que denominamos

“Palma Real”, cuya favorable posición se presta admirablemente a la fundación de un fortín y el establecimiento de una colonia militar. (Pando, 1897, p. 167)

Por lo general, todas estas narraciones repiten los tropos retóricos de la exploración, el descubrimiento, el progreso, la asimilación de los “bárbaros” y la gesta pionera del colono. Sin embargo, como adelantamos, un análisis detallado permite identificar en ellas ciertas líneas de diferenciación que podemos atribuir a variables como el género, la edad, la clase social o la formación de los cronistas. De este modo, es posible encontrar textos pensados en clave femenina, que dedican una mayor atención a los detalles domésticos y cotidianos, mientras que las narraciones masculinas tienden por lo general a centrarse en la epopeya aventurera del colono o bien en la descripción científica del potencial económico de la selva amazónica. Porque, lo que es un hecho, es que las mujeres estaban allí, tal como revela la imagen que sigue del puerto de Carmen, que muestra un grupo de mujeres y hombres baures (Figura 3). La fotografía es parte de la colección del explorador sueco Erland Nordenskiöld y fue tomada durante su viaje a Bolivia entre 1908 y 1909. Nordenskiöld proporciona en sus escritos abundantes detalles etnográficos sobre la industria de la goma elástica y, de hecho, uno de los pocos testigos de época que denuncia el maltrato y los abusos que sufrían las poblaciones indígenas enganchadas por patrones inescrupulosos, aunque a la vez no se detuvo describiendo en detalle las diferencias entre hombres y mujeres indígenas o criollos.



Figura 3. En el puerto de Carmen (indígenas baures), 1909 (Fuente: Foto de Erland Nordenskiöld © Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum).

A contrapelo de este imaginario extractivo en el que las mujeres son apenas actores secundarios, el relato de viaje de Rosa Oporto, una joven oriunda de La Paz, no se ajusta al canon narrativo de la época: no se trata de memorias, ni de un libro, ni de un diario íntimo ni de cartas privadas. Ella misma describió el texto como una “relación” que fue publicando en cuatro fascículos del periódico paceño *El Siglo Industrial* (cf. Pradel Barrientos, 2024). Por lo tanto, la primera característica relevante del relato es que fue concebido a sabiendas de que sería publicado en un medio reputado de La Paz, donde todo su entorno social iba a poder leerlo⁴. El dato de la conciencia autorial no es menor. Según Beatriz Ferrús Antón (2011), la literatura de viajes “creció en proporción al número de viajeros y se transformó en uno de los géneros más leídos de la época” (p. 115). Si nos posicionamos en la sociedad burguesa boliviana de fines del 1800, encontramos una masa de mujeres que no solamente consumen esas narrativas sino que también a veces incursionan en la misma como autoras, puesto que habían sido educadas en escuelas pequeñas o en su hogar y tenían acceso ya a los folletines y libros traídos de Europa (ver, por ejemplo, los ejemplos descritos en el compendio sobre las mujeres en la historia boliviana: Fondo de Población de las Naciones Unidas, 2017; Peña Hasbún, 2024). Y, en el caso de la audiencia femenina, no se trataba tampoco de meras lectoras, sino de mujeres que muchas veces manejaban los negocios de las empresas familiares en el Oriente, compraban y vendían propiedades, o incluso contrataban personal para la extracción de la goma con o sin el permiso de sus cónyuges (Córdoba 2024b). En este contexto socio-cultural, por tanto, no resulta tan extraño que el relato de Rosa Oporto haya sido bien recibido por las élites paceñas.

Por un lado, podríamos decir que la narración de Rosa Oporto acata la habitual enumeración de ordalías de la supervivencia en la selva: el clima, los indígenas, los animales salvajes, los insectos. Pero, a la vez, el texto detalla los naufragios, la tragedia personal de la pérdida de su propio hermano —cabeza de la familia y principal promotor del viaje— o bien el papel fundamental de las mujeres que la acompañan durante el doloroso período de duelo en la selva.

De hecho, al combinar la experiencia personal con la observación desapasionada, una clave significativa de la narración de Rosa Oporto parece ser la descripción casi sociológica del entorno amazónico. En efecto, la consideración atenta de las relaciones sociales era tanto un foco de interés como una circunstancia biográfica. Ella misma era la última hija del prolífico matrimonio de Ramón Oporto y Felipa del Castillo, inmigrantes españoles que residieron en Potosí y luego en La Paz y tuvieron 11 hijos: Felipa Adela, Celsa, Alejandro, Leónidas, Cristina, Filomena, Francisco Ramón, Daniel Arístides, Adelia, María Remedios y finalmente Rosa. Nacida

⁴Titulado *De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de viaje por la señorita Rosa Oporto*, el texto se publicó originalmente en cuatro números del periódico *El Siglo Industrial* de La Paz: dos entregas en mayo de 1894 y otras dos en junio de 1894.

en 1871, había entonces muchos años de diferencia entre Rosa y sus hermanos mayores, con quienes finalmente emprendería la travesía a la selva⁵. Con Alejandro sabemos que se llevaba veintiún años y también que Leónidas estaba casado cuando Rosa tenía apenas seis años. Por los pocos archivos personales que hemos podido encontrar, pareciera que Rosa tenía más cercanía con una hermana mayor, Celsa, casada con Juan de Dios Loaiza, residente en La Paz. Celsa fue madrina de bautismo de dos de las cuatro hijas que tendría la joven exploradora⁶. Más allá de eso, poco sabemos acerca de la vida de Rosa antes de su partida hacia el Beni⁷.

En todo caso, lo que es bastante claro es que la familia Oporto del Castillo se movía en un privilegiado círculo social de La Paz que contaba con excelentes contactos sociales, intelectuales, políticos y comerciales (ver, por ejemplo, Combès, 2018)⁸. Una prueba es el matrimonio de la propia Rosa con un “practicante de medicina” de Trinidad, Jorge Querubín Rodríguez, el 2 de agosto de 1902. El matrimonio es celebrado por fray Nicolás Armentia, famoso obispo de La Paz que a su vez era un experimentado explorador de la Amazonía (Villar, 2022), y el testigo de la unión era nada menos que Ismael Montes, por aquel entonces ministro de Guerra del gobierno de José Manuel Pando, que como recordamos fue el presidente que patrocinó el viaje de María Robinson Wright. Sabemos a la vez que Rosa dedica su texto al poeta, explorador y periodista paceño Sixto López Ballesteros que, como secretario de la Sociedad Geográfica de La Paz, también recorrió el norte boliviano en 1894: “a mi distinguido amigo el Sr. Sixto L. Ballesteros, con motivo de su viaje al N. E. de la República” (Oporto, 1894a, p. 2). Según el prefacio del libro de López Ballesteros, escrito a su vez por el destacado intelectual Manuel Ballivián, el periodista fue “fiscal de Partido en la Villa de Riberalta” (López Ballesteros, 1899, p. 2) desde 1894 a 1895, es

⁵ La fecha de nacimiento de Rosa genera dudas: en la partida de nacimiento figura el año de 1871 pero luego, en su propio relato, ella escribe que al momento de la expedición tenía ‘unos trece años’, lo que indicaría una fecha posterior, alrededor de 1880 o 1881. Para complicar aún más las cosas, las cuatro partidas de nacimiento de sus hijas también ofrecen discrepancias con respecto a su edad, y lo mismo sucede con su acta de matrimonio, que consigna que tenía 22 años en 1902 (lo que nuevamente sugeriría un nacimiento en 1880 o 1881).

⁶ Pareciera que, con pocos años de diferencia, dos hermanas Oporto se casaron con dos hombres (¿hermanos?) de apellido Loaiza: Filomena (nacida en 1867 en Potosí), casada con José María Loaiza Ordoñez, y Celsa (nacida en 1865), casada con Juan de Dios Loaiza en 1905. Cabe destacar que, de las hermanas Oporto, Filomena y Celsa pusieron ‘Rosa’ de nombres a sus hijas y que en varias ocasiones figuran como madrinas de bautismo de los hijos de la familia, tal como en el caso de Rosa y Celsa, o bien de Celsa y Adela.

⁷ La información biográfica sobre la familia de Ramón Oporto y Felisa del Castillo fue reunida a partir de datos brindados por sus descendientes: Gonzalo Ayoroa Patiño, José Minor Gainsborg, Carlos Cardona Ayoroa y Rosa Cardona Ayoroa. Otra parte de los datos familiares procede de partidas digitalizadas de bautismo y matrimonio conservadas en el sitio familysearch.com.

⁸ Así, por ejemplo, uno de los integrantes más reconocido de la familia Oporto del Castillo es el general Ángel Ayoroa (Oporto por parte de madre), condecorado por sus acciones militares con el Cónдор de los Andes en 1931. Nacido en 1890 de la hermana mayor de Rosa, Cristina Oporto de Castillo, y de Custodio Ayoroa, Ayoroa tuvo un papel preponderante en la guerra del Chaco (1932-1935), en varias expediciones al Chaco boreal que establecieron contacto con indígenas isoseños, tapietes o ayoreos, como ministro de Industria y Comercio en la posguerra o bien como embajador de Bolivia en Japón (Combès, 2018).

decir apenas luego del viaje amazónico de Rosa, pero contemporáneo a la publicación.

Pero, en todo caso, las conexiones más evidentes eran las comerciales, y sabemos que el hermano mayor de Rosa, Alejandro, era un hábil industrial involucrado en la explotación de la goma elástica. En efecto, la efervescencia gomera atrajo una masa de trabajadores connacionales al Oriente que llegaban de Sorata, Apolo, Chulumani o La Paz. Entre ellos se destacan personajes como Manuel Cárdenas, Timoteo Mariaca, Fidel Endara, Claudio Farfán o Víctor Mercier, cuyos nombres también aparecen en una importante serie de informes de viajes (ver, por ejemplo, Mariaca, 1987; Mercier, 1981). Según el imaginario popular, los paceños que llegaron al Oriente trabajaban con la vestimenta típica de su tierra, siendo el chaleco la prenda característica al punto de llegar a ser conocidos como “los enchalecados” (Sanabria Fernández, 2009, p. 65; Roca, 2001, pp. 209-213). Es en este contexto, por tanto, que también encontramos referencias a la actividad comercial de Alejandro Oporto:

Don Napoleón Suárez, que había ensayado trabajos en sus seringales del Orton en la banda opuesta a las propiedades del señor Cárdenas [reconocido comerciante paceño], y que fue corrido por los amigos de los caripunas, vende su derecho de descubridor de otros cuatro puntos o señales con algunas estradas abiertas al señor Alejandro Oporto; venta que tuvo lugar en París en el año 1889. El señor Oporto, viendo que tal vez que le sería difícil trabajar estos seringales, vende al mismo Vaca Diez los cuatro seringales, por la cantidad de sesenta y cinco libras esterlinas, en 1890. (Vaca Diez, 1923, p. 1)

A media agua entre lo personal y lo público

Es justamente Alejandro Oporto quien insiste a tres de sus hermanos, Leónidas, Daniel y Rosa, que viajen juntos al Oriente del país. Luego de su segundo viaje a Europa, Alejandro llega a La Paz a mediados de 1891 y convence a sus padres de las oportunidades económicas que brinda la explotación de la goma elástica en el Beni:

Con tal propósito, se esforzó en persuadir a nuestros padres, manifestándoles las ventajas que se podían reportar de nuestra traslación a aquellos fértiles lugares, donde la industria iba tomando un incremento colosal por sus exuberantes producciones y la navegación de sus caudalosos ríos. (Oporto, 1894a, p. 2)

El 21 de octubre de 1891, parte desde La Paz hacia Sorata una comitiva compuesta de 25 personas: Rosa, Daniel, Leónidas y su mujer Mercedes e hijo, tres criados y diecisiete “entre adjuntos y contratados”, entre los que se contaban el profesor de francés, Daniel Osambela, y la señora Benigna M. de Viderique. A menos de un mes de emprendido el viaje, padecen el primer naufragio de la balsa en que viajan por impericia del capitán. Aunque no hay víctimas, Rosa pierde parte de “su equipaje con dinero, varios barriles de vino, el servicio de mesa y otras especies, incluso la tienda de campaña” (Oporto, 1894b, p. 2). Este primer incidente deja

traslucir, casi de inmediato, uno de los principales problemas de la logística cauchera: más allá de la aparición progresiva del barco a vapor en el norte amazónico, los ríos y afluentes más pequeños todavía deben navegarse con monterías (botes) o callapos (balsas) en cuyo manejo primaba la pericia de los tripulantes indígenas. Los accidentes fluviales eran frecuentes y se perdían numerosos bienes y vidas humanas: “si las pérdidas de naves y de goma llaman inmediatamente la atención, las pérdidas humanas son lisa y llanamente aterradoras. Entre epidemias, accidentes y episodios de violencia, se calcula que se pierden entre un 25% y un 50% de los remeros” (Villar, 2020, p. 44).

Luego del accidente, el 17 de diciembre vuelven a navegar río abajo del Beni hasta Puerto Salinas y, de ahí, hacia la barraca gomera Irupano, propiedad de Nicanor Alcázar. A partir de ese punto, y volviendo a recalcar la atención de Rosa por los aspectos sociales, los siguientes párrafos son una secuencia casi ininterrumpida de los nombres de las barracas en las cuales van deteniéndose los viajeros para reaprovisionarse, y de los nombres y apellidos de sus propietarios: así, sabemos que llegan al establecimiento Guanay de Miguel Apuri, a la barraca Todos Santos del industrial Santos Fariña, luego a la San Antonio de Antonio Roca, a la barraca Fortaleza de Belisario Medina, y el 1° de enero de 1892 llegan a la barraca Ayacucho. Rosa continúa detallando los nombres de las barracas y los dueños como una suerte de propaganda de la eficacia y solidaridad de la industria, evocando el recibimiento y apoyo que cada barraca otorga a los viajeros.

El final de esta primera etapa está justamente marcado por la llegada a la barraca San Pablo, perteneciente a Nicanor Salvatierra, socio comercial de Alejandro Oporto. Allí Rosa se hace amiga de Felima, la hija de Nicanor, con quien pasa las tardes en grata compañía. La casa principal tenía varios empleados extranjeros, como era costumbre por entonces, que habitaban viviendas situadas en torno de la casa principal. Alejandro y Daniel parten hacia el puerto de San Antonio a buscar mercaderías que habían despachado desde Europa. Al transcurrir los días sin saber de ellos, Salvatierra envía a su gente a buscar noticias. Así, el 26 de mayo de 1892, Rosa se entera de que Alejandro había muerto en la cachuela Riverón del Madeira (Figura 4). Con un estoicismo realmente llamativo, anota: “... el portador vino en una montería desde la cachuela Riverón, donde yacen los restos mortales del que fue mi segundo padre y mi más digno hermano” (Oporto, 1894c, p. 2).



Figura 4. Cachuela Riverón (Fuente: Foto de Emil Bauler, 1908-1911. © Wolfgang Wiggers de su colección privada).

Debido a la tragedia, es sólo en septiembre que los Oporto deciden emprender el largo viaje hasta Villa Bella para encontrarse con el otro hermano, Daniel, y con la familia de Leónidas. Sin embargo, poco después se enteran de que su protector Nicanor Salvatierra estaba en prisión por una disputa con el Prefecto del Beni, que al mismo tiempo traducía profundas pujas y enemistades comerciales con otros empresarios gomeros como Antonio Vaca Diez. Por lo tanto, Rosa se queda durante ocho días en las inmediaciones de Riberalta junto a su amiga Felima cuidando las mercaderías hasta el padre de ésta fuera liberado de prisión: “proseguimos la marcha hasta Orthon, donde la encontré a la señorita Felima alojada en la playa, cuidando las mercaderías que les pertenecían” (Oporto, 1894c, p. 2). Otros folletos de la época, publicados a favor de uno y otro bando, nos confirman el relato de Rosa sobre Felima: “su pobre hija abandonada a bordo de su embarcación, sin recursos ni medios de subsistencia, requisadas sus embarcaciones, arrojadas a la playa las mercaderías, saqueadas otras y dueño de los codiciados indios” (Anónimo, 1893, pp. 3-4). Al parecer, este conflicto particular se había desatado por la propiedad de varias barracas de la familia Claire y la adjudicación de estas a través de una compra “no tan transparente” por parte de Salvatierra, presionado luego por Vaca Diez y su primo Nicolás Suárez. La rivalidad entre Salvatierra y Vaca Diez dividió en su momento a la opinión pública beniana y nos permite entender la connivencia entre poderes públicos y privados, así como las disputas regionales entre liberales y conservadores (Guiteras Mombiola, 2009). En una nota al prefecto del Beni, el propio Salvatierra denunciaba hallarse injustamente en prisión y protestaba “la validez de cualquier

contrato en que él apareciere transfiriendo sus posesiones gomeras [...] consecuencia de las violencias con que se hallaba oprimido por el doctor Vaca Díez, apoyado por el Comandante Militar [del Madre de Dios] Augusto Roca" (Guiteras Mombiola, 2011, p. 241). La relación entre Salvatierra y Leónidas Oporto evidentemente estuvo sostenida en el tiempo, y de la inicial asociación comercial que tenía con el fallecido Alejandro, deviene en una amistad duradera y hasta una relación de compadrazgo con su hermano menor. Tal es así que, en el testamento que escribe Nicanor el 24 de enero de 1921, conservado en la Notaría 1 de Riberalta en el libro Minutas, lega "a mi compadre don Leónidas Oporto la suma de cinco mil bolivianos como donación especial por su compañía y servicios que me ha prestado hasta hoy".

A continuación, la comitiva prosigue hacia la aduana de Villa Bella (Cobija), donde se reencuentran finalmente con Leónidas y su familia. Allí, Rosa permanece seis meses hasta abril de 1893, esperando que pase la estación de las lluvias para emprender el camino de regreso. El viaje de retorno, de Villa Bella a Santa Ana, queda a cargo de Juan Alverdi [Alberdi], de su hermano Daniel y de once tripulantes en una montería.

Al pasar por la zona de los rápidos de Cachuela Bananera, Rosa recuerda el naufragio del teniente Quintín Portal cuando zozobra uno de sus batelones muriendo "Víctor Ballivián, B. Pérez, 3 extranjeros y nueve individuos entre hombres y mujeres. Los únicos que se pudieron salvar, fueron el teniente Marcó, tres de los tripulantes y una mujer" (Oporto, 1894c, p. 2). Para sortear estos peligros fluviales, muchas de las expediciones, entre ellas la de Rosa, optaban por descargar los batelones y hacerlos pasar por tierra, tarea extremadamente ardua para la tripulación, pero segura a la hora de evitar los frecuentes naufragios en las cachuelas (Figura 5).



Pasada de un batelon por una cachuela, Rio Madeira-Brazil.

Figura 5. Pasada de batelones por una cachuela. Tarjeta postal de la época, ca.1900 (Fuente: Sobre n.º 1 © Colección privada familia Hecker Rojas).

Otro de los temores palpables en las expediciones era el potencial ataque de los indígenas no reducidos, llamados “bárbaros” o “salvajes”:

Donde nos despedimos de aquellas peligrosas cachuelas, que deben un sin número de vidas, en cuyos fondos reposan los restos mortales de los intrépidos viajeros que se afrontaron a su furor. Allí dimos gracias a Dios por habernos salvado de esos infernales peligros, aunque no estábamos libres de otros, por otro estilo y quizá peor, porque el momento menos pensado, sin saber cómo ni de donde podíamos estar atravesados por las flechas de los salvajes que habitan en las selvas tupidas de las riberas del Mamoré e Iténez. (Oporto, 1894b, p. 2)

Los siguientes días de navegación son consignados por Rosa como “buenos”, dado que no hubo noticias de los indígenas. Tan sólo escuchaban gritos ocasionales u observaban de lejos algunas fogatas: “dormimos tranquilamente a pesar de hallarnos próximos a los salvajes, que no se apercibieron de nuestro arribo” (Oporto, 1894c, p. 2). Sin embargo, pese a no concretarse, el temor a un ataque sigue siendo una amenaza latente. Cuando pasan por la margen izquierda del río Iténez, a la luz de las fogatas Rosa identifica el sitio donde había sido ultimada Rosaura Lenz el 20 de enero de 1892. Se trató de un encuentro violento que tuvo mucha repercusión en la sociedad de la época, en el cual el señor Lenz descargó “300 tiros de rifle Winchester” para impedir que los indígenas se apoderaran del batelón y la mercadería, y en el cual fueron heridos una hija, dos mozos y el propio Lenz que recibió ocho flechazos, pero no murió. Las memorias de Luis Leigue Castedo recogen el episodio en extenso:

el famoso asalto que [...] hicieron estos indios [Iténez o Moré] a dos embarcaciones que pernoctaron en el pedregal de la barraca “Sorpresa” de Dn. Tancredo de Farías Mattos. Era noche de luna, cuando dominados por la fatiga los viajeros fueron obligados a encostar, y eligieron estratégicamente un gran playón como campo abierto en todas direcciones; en la alta noche se levantan despavoridos ante la lluvia de flechas y la algazara de los Iténez. Parte de los tripulantes de una embarcación logra fugar con el patrón señor Luis Lenz y el resto queda entre heridos, muertos y dispersos; pero con angustia y sorpresa, descubren que la señora Rosaura Perdiel, suegra del señor Lenz, había quedado sin embarcar y presa del botín de los asaltantes. Las comisiones que vinieron al rescate de la víctima cuentan que sólo encontraron señales y leyendas escritas en la corteza de los árboles. (Leigue Castedo, 2016, pp. 5-6)

Los temores se reavivan cuando encuentran los huesos de un cadáver semi desenterrado y, a pocos metros de las tablas del ataúd roto, la siguiente inscripción:

Estos restos son de la Señora N. N. muerta ahora cuatro meses en este mismo sitio con tisi pulmonar y después, desenterrada por los bárbaros, quienes se habían comido una parte del cuerpo después encontramos rastros de caimán que había arrastrado lo demás hacia el río. (Oporto, 1894c, p. 2)

Los caripunás, por ejemplo, fueron uno de los grupos indígenas que, a lo largo del auge cauchero, y según el cariz de la fuente que se consulte, fueron considerados tanto como feroces caníbales como asimismo gentiles indígenas amigos (Figura 6).



Figura 6. Indígenas caripunas en Tres Hermanos (Fuente: © Dana Merrill colección, 1909-1910 de la Biblioteca Digital Nacional de Brasil).

Sin embargo, a pesar de que los discursos sobre el presunto canibalismo indígena tenían bastante resonancia en los escritos de la época, en la mayor parte de los casos solía tratarse de una acusación infundada para justificar la colonización de sus territorios (Córdoba, 2015, p. 187). Seguramente habían sido animales carroñeros los que habían devorado el cadáver; y, de hecho, el temido ataque jamás se concreta.

Luego de un mes, la comitiva llega a la finca “Copacabana” de Cornelia Saravia y de allí parten a la ciudad de Santa Ana, donde fueron acogidos por Pedro M. Suárez y su madre, la mencionada Cornelia junto a sus hijas, a quienes Rosa evoca con afecto luego de ser recibida durante quince días en su casa. A diferencia de la mayoría de los cronistas masculinos, Rosa parece sensible a cierta condición de género y suele identificar y nombrar a cada una de las mujeres con las cuales se encuentra a su paso, frecuentemente olvidadas en los textos canónicos de la época. Así, menciona a Josefina C., viuda de Roca, o cuando llega a Reyes se aloja en la casa de la señora Manuela, viuda de Boguer, una de las hijas de doña Cornelia Saravia de Suárez. Escribe: “puedo asegurar que jamás tuve un momento de satisfacción; pero, apenas me vi en compañía de mi digna huésped y algunos paisanos, todo mi pesar se convirtió en alegría” (Oporto, 1894d, p. 2). De camino al puerto de Rurrenabaque, la acompaña una comitiva de mujeres —entre ellas Manuela, la viuda de Boguer, y la señora de Abrego, y se alojan juntas en la casa de don Calazans Tapia. También refiere que pasan por “Jovi”, otra finca que pertenecía a la señora Cornelia Saravia, a medio camino entre Reyes y Santa Ana. Seguramente se trate de la esposa de Pedro Suárez, hermano de Nicolás Suárez y a la vez padre de aquel Pedro Suárez con quien se casaría la tía Jessie

Sisson. Esta mención a las propiedades de Cornelia es uno de los pocos documentos en los que queda asentado que ella había tomado resueltamente la rienda de los negocios familiares una vez fallecido su esposo.

El fin de los viajes

El 27 de julio de 1893, luego de un año y nueve meses de una travesía repleta de aventuras, naufragios, pérdidas familiares y una secuencia casi interminable de paradas tanto logísticas como sociales en las barracas gomeras del Oriente boliviano, Rosa Oporto regresa finalmente a La Paz. Publicada en uno de los principales periódicos de la ciudad, la crónica de ese largo recorrido recoge una apreciable cantidad de detalles sobre las vicisitudes que, por entonces, suponía un viaje a la efervescente región de la goma elástica. En ese sentido, podríamos decir que el texto de Rosa se inscribe sin problemas en una tradición más o menos convencional de relatos de viaje y acata los tropos del exotismo pintoresco de la flora y de la fauna, o la idea de la selva como “desierto verde” (por tanto, abierto a la colonización al carecer de dueño). También, como hemos visto, incurre en la atribución de salvajismo —e incluso canibalismo— por entonces asociados con todos aquellos indígenas que todavía no habían sido sedentarizados, alimentando un conjunto de representaciones que servía de pretexto para emplear a la población local como la mano de obra barata e incluso, como sabemos por el propio testimonio de Lizzie Hessel y otros, hasta en ocasiones para comprarla, venderla o esclavizarla (Córdoba, 2015). En rigor, los temores por el inminente ataque de los bárbaros eran infundados: no pasaron de la experiencia desagradable de encontrar una vieja tumba en mal estado, de oír unos gritos y ver a lo lejos unas fogatas.

En un segundo nivel de análisis, resulta más interesante la caracterización de la industria cauchera. No tanto en realidad de la propia maquinaria de la explotación cotidiana de la goma, que jamás Rosa presencié, sino más bien de aquellos otros aspectos que refiere al pasar sobre el telón de fondo de la descripción: la fragilidad de las embarcaciones y la cadena logística, la falta de infraestructura, los obstáculos geográficos de una hidrografía caprichosa, los accidentes casi cotidianos en los rápidos en que desaparecían cantidades asombrosas de personas y bienes; factores todos que, en su conjunto, conspiraban para restringir no sólo los ritmos y los tiempos del viaje sino, en última instancia, la misma salida del producto hacia los ríos de Brasil y de allí a los mercados internacionales (Villar, 2020).

De todos modos, y a diferencia de otros viajeros de la época, advertimos en su relato un hilo conductor tenue pero que va desplegando poco a poco, y es que la atención de la autora no se enfoca en el paisaje, la flora, la fauna o el potencial de sus recursos productivos, sino más bien en la gente. Tal como observa Prieto (1996), se trata de una observadora que amalgama de forma constante “la peripecia personal

con las peripecias que atribuye a los individuos y a los grupos que encuentra en el camino” (p. 39). En este sentido, su mirada es marcadamente antropológica: la relación de Rosa no es una crónica de la industria del caucho, sino de la gente del caucho.

Es posible que esto se ligue con un tercer nivel de lectura. Al no insistir en la descripción naturalista, la observación de Rosa se vuelve más original y atractiva al ayudarnos a contrapesar aquello que denominamos hiper-masculinización del paisaje extractivo (Córdoba, 2024c, 2024b). Habíamos dicho que, en la copiosa literatura del auge gomero, son raros los textos que hablan sobre las mujeres: no sólo aquellas que efectivamente trabajaron en el corazón mismo de la maquinaria extractiva (un ejército de picadoras, contratistas, cocineras, tejedoras, lavanderas, guías, intérpretes, comerciantes o prostitutas), sino también aquellas otras —como ella misma— que orbitaban la industria por alguna coyuntura azarosa o más bien por tratarse de familiares de los trabajadores gomeros. En general, cuando se habla de esas mujeres, los textos las relegan a un papel completamente secundario, como actores de reparto, apéndices casi decorativos en las actividades sociales de las élites locales: convites, fiestas, inauguraciones, etc. E incluso, cuando las mencionan, suelen hacerlo de forma anónima, como si fueran una parte más del paisaje. En cambio, Rosa identifica de forma puntillosa el nombre de todas las mujeres que conoce en su viaje iniciático a través de un territorio que, para el común de la población boliviana, era un mundo exclusivo de hombres.

Probablemente esto tenga que ver con la forma en que encuadra la mirada y su propia implicación personal en la estrategia de la narración. A contrapelo del leitmotiv de la “invisibilidad” de ciertos actores (sirvientes, guías, intérpretes, mujeres) como pilar estructurador del relato de viaje (Pratt, 2011), Rosa dedica más atención a sus sirvientas o a los tripulantes de las embarcaciones que a las costumbres exóticas de los indígenas y criollos que va encontrando en su camino: “todos los vecinos se preocupan solamente de picar la goma y los demás nada les importa” (Oporto, 1894b, p. 2). La aventurera, en cambio, se percibe a sí misma en una suerte de plano superior. Porque, de hecho, no se trata de una aventurera cualquiera: en todo momento deja entrever su posición de privilegio en tanto hija de una familia acomodada de inmigrantes españoles, con potencia económica, conexiones políticas y contactos sociales, que viaja no sólo con su criada Isabel sino a la vez con un baúl de vajilla y hasta un profesor de francés. Y, mientras van desfilando los topónimos y las barracas, las marcas diferenciales de la moral y el decoro burgués se vuelven casi omnipresentes: Rosa indica que en la selva experimenta “sufrimientos morales”, que le repugna la carne de mono que comen los colonos, que los caballeros la halagan, o que en cada parada le ofrecen una habitación aparte por su estatus. En cierta forma, la experiencia de Rosa Oporto confirma la tesis de Ferrús Antón, que sugiere que la figura de la viajera:

descubre a lo largo de su periplo que el imaginario imperial no se ajusta a la vivencia de las tierras visitadas y es en este desajuste donde encuentra a otro que le sirve de espejo, invitándola a revisar la misma categoría de mujer que la define. (Ferrús Antón, 2011, p. 117)

Así, todo nos permite suponer que la descripción que hace de su amiga Felima Salvatierra trasluce la forma en que, en realidad, ella se percibe a sí misma:

El Sr. Salvatierra, era un digno caballero y de un bondadoso corazón. Su hija la Felima con quien a primera vista llegamos a congeniar, de tal manera que parecíamos hermanas; ella con su trato afable y sus distinguidas cualidades; supo conquistarse la simpatía de todos los que aportamos a ella. (Oporto, 1894c, p. 3)

A diferencia de Lizzie Hessel o de Jessie Sisson cuando refieren las costumbres locales, no puede decirse que Rosa sea una cronista del asombro. Su tono constante es un *understatement* sereno, contenido, medido, sin estridencias, que llega en ocasiones a rozar el estoicismo:

El capitán que hacía de piloto cometió un pequeño descuido que dio lugar a que se hundiera el callapo bajo de los tumbos más grandes tres veces, quedando nosotros cubiertos por el agua. Yo creí en ese momento llegado el último instante de mi vida. (Oporto, 1894a, p. 3)

El epíteto recurrente que emplea para calificar todo aquello que aprueba es “digno”. Y la cumbre narrativa de esta dignidad es el episodio de la muerte de su hermano, que Rosa despacha en nueve líneas para concluir: “excuso hacer reminiscencia de lo que me pasó en este trance fatal. Solo recordaré los saludables consejos y consuelos que recibí del señor Salvatierra y mi digna amiga su hija, a quienes les conservo mi gratitud” (Oporto, 1894c, p. 3).

Luego de su aventura amazónica, sabemos poco y nada de la vida de Rosa. Tan sólo que se casa ocho años más tarde, en 1902, con un estudiante de medicina de Trinidad, y que en el acta de matrimonio consigna como profesión “ocupada de sus labores domésticas”. Con el paso del tiempo sigue residiendo en La Paz y tiene cuatro hijas mujeres nacidas en 1905, 1906, 1907 y 1909, de las cuales sus hermanas serán madrinas de bautismo. En las sucesivas actas de nacimiento, Rosa aparece consignada como “costurera”, “comerciante”, “sin profesión” y “en labores”. Tampoco se conoce ningún otro escrito que haya publicado luego de aquel viaje. A diferencia de aquellas otras pioneras de los viajes por Sudamérica que dejaron una serie de escritos en los cuales es posible recomponer una identidad, un tono y un estilo propio de la obra narrativa —como por ejemplo en el caso de Flora Tristán—, de Rosa solamente nos quedan estos cuatro fascículos y luego el silencio. No podemos, por tanto, hablar propiamente de un “movimiento” o “estilo” literario a partir de esas notas periodísticas. De ella nos queda, solamente, aquel relato escrito por una joven observadora que, casi con el mismo tono, nos describe los vaivenes del boom extractivo y la tragedia familiar que padece durante su viaje a través del país de la goma elástica. Y tal vez, la posibilidad de que, al ser publicada en la prensa, una parte

de los hijos de la burguesía paceña hayan leído su narrativa y sea una mujer la que los haya inducido, a pesar de las fieras salvajes, de los indígenas bárbaros, de la malaria, a buscar su destino en ese “otro país” que por entonces era —y en cierto sentido sigue siendo— el Oriente boliviano.

Reconocimientos

Este trabajo ha sido posible gracias al financiamiento de la Wenner-Gren Foundation a través de la beca postdoctoral de investigación n°10845 “Echoes of Silence: The Roles of Women in the Amazonian Rubber Boom”. Agradecemos los comentarios de los evaluadores anónimos, que sin duda han permitido mejorar este trabajo, a Isabelle Combès y a Diego Villar por la ayuda en la búsqueda de información y la lectura del primer manuscrito, a José Eduardo Pradel Barrientos por haber rescatado del olvido la figura de Rosa Oporto con la reciente reedición de su texto, y a Alan Shave, David Jabin y la biblioteca de la Universidad Católica Argentina por la asistencia en la búsqueda de material bibliográfico.

Referencias citadas

- Altuna, E. (2004). Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 30(60), 9-23. <https://doi.org/10.2307/4531344>
- Anónimo. (1893). *Atentados cometidos por Dn. Antonio Vaca Díez y Augusto Roca contra Dn. Nicanor Salvatierra y Juan Roberson en los establecimientos gomeros de Tahuamanu y Madre de Dios*. Imprenta de “La Estrella del Oriente”.
- Beaton, C. (1971). *My Bolivian Aunt: A memoir*. Weidenfeld & Nicolson.
- Buck, D. (1998). Road writers: venturing to the far corners of South America, nineteenth-century women trekkers left their mark in lively, widely read travelogues. *The Free Library*. <https://tinyurl.com/9ve29th2>
- Combès, I. (2018). Chaco adentro: las expediciones de Ángel Ayoroa, 1927-1932. *Anuario de Estudios Bolivianos Archivísticos y Bibliográficos*, 25, 97-140.
- Córdoba, L. (2015). Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero boliviano. *Journal de la Société des américanistes*, 101 (1/2), 173-202. <https://doi.org/10.4000/jsa.14384>
- Córdoba, L. (2019). White blood, black gold: The commodification of Wild Rubber in the Bolivian Amazon, 1870-1920. *Environmental History*, 24, 695-702. <https://doi.org/10.1093/envhis/emz033>
- Córdoba, L. (2024a). Estrattivismo al femminile: storie di donne nell'industria del caucciù (Amazzonia boliviana 1880-1920). *Confluenze*, 16 (1), 190-211. <https://doi.org/10.6092/issn.2036-0967/19408>
- Córdoba, L. (2024b). Hiper-masculinización, extractivismo y mujeres invisibles en la industria gomera boliviana (1880-1920). En I. Combès y L. Córdoba (Eds.), *Mujeres del Oriente: Amazonía, Chiquitania y Chaco, siglos XVIII-XX* (Scripta Autochtona 30, pp. 53-192). Itinerarios.

- Córdoba, L. (2024c). *La reina del Orthon. Crónicas femeninas del auge gomero* (Collana Diaspore 21). Edizione Ca' Foscari. <https://doi.org/10.30687/978-88-6969-787-6/019>
- Ferrús Antón, B. (2011). *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas*. Universidad de Valencia. <https://n2t.net/ark:/13960/s2k3ds5g9x1>
- Fifer, J. V. (1970). The empire builders: A history of the Bolivian Rubber Boom and the rise of the House of Suárez. *Journal of Latin American Studies*, 2 (2), 113-146. <https://doi.org/10.1017/S0022216X00005095>
- Fondo de Población de las Naciones Unidas. (2017). *Las mujeres en la historia boliviana, siglos XIX y XX: de la invisibilización a la lucha por la equidad e igualdad*. Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- García Jordán, P. (2001). *Cruz y arado, fusiles y discursos*. Institut français d'études andines-Instituto de Estudios Peruanos. <https://doi.org/10.4000/books.ifea.3791>
- Graham, M. (1824). *Journal of a Residence in Chile, during the year 1822 and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*. Longman, Rees, Orme, Brown & Green. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-602844.html>
- Guardia, S. (Ed.). (2023) *Viajeras entre dos mundos*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1219329>
- Guiteras Mombiola, A. (2009). El Beni de fines del siglo XIX ¿escenario de conflictividad ideológica? *Boletín Americanista*, (59), 177-197.
- Guiteras Mombiola, A. (2011). *Para una historia del Beni. Un estudio socioeconómico, político e ideológico de la Amazonía boliviana, siglos XIX-XX* [Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona]. <https://hdl.handle.net/10803/52876>
- Leigue Castedo, L. (2016). *El Iténez Salvaje*. Colección de Etnografía y Folklore.
- López Ballesteros, S. (1899). *A través del Amazonas*. El Nacional.
- Mariaca, T. (1987). Exploración al río Acre. *Colección de Folletos Bolivianos de Hoy*, 3 (19), 3-32.
- Mercier, V. (1981). Diario de una expedición del Madre de Dios al río Acre. *Colección de Folletos Bolivianos de Hoy*, 3, 3-16.
- Miseres, V. (2010). *Trazos de nación: mujeres viajeras y discurso nacional en Latinoamérica (1830-1910)* [Tesis de doctorado, Vanderbilt University]. <http://hdl.handle.net/1803/14340>
- Miseres, V. (2017). *Mujeres en tránsito: Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*. Department of Romance Studies, The University of North Carolina at Chapel Hill.
- Morrison, T., Brown, A. y Rose, A. (1985). *Lizzie: A Victorian Lady's Amazon Adventure*. BBC Publications.
- Oporto, R. (20 de mayo de 1894a). De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de viaje por la señorita Rosa Oporto. *El Siglo Industrial*, 2-3.
- Oporto, R. (26 de mayo de 1894b). De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de viaje por la señorita Rosa Oporto. *El Siglo Industrial*, 2.

- Oporto, R. (3 de junio de 1894c). De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de viaje por la señorita Rosa Oporto. *El Siglo Industrial*, 2-3.
- Oporto, R. (10 de junio de 1894d). De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de viaje por la señorita Rosa Oporto. *El Siglo Industrial*, 3.
- Pando, J. M. (1897). *Viaje al país de la goma elástica (N. O. de Bolivia)*. El Comercio.
- Peña Hasbún, P. (2024). Fe en la República de mujeres. La educación y la participación política de la mujer en Santa Cruz de la Sierra en el siglo XIX. En I. Combès y L. Córdoba (Eds.), *Mujeres del Oriente: Amazonía, Chiquitania y Chaco, siglos XVIII-XX* (Scripta Autochtona 30, pp. 193-227). Itinerarios.
- Pradel Barrientos, J. E. (2024). Diario de viaje de Rosa Oporto a las zonas gomeras de Bolivia (1891-1893). *Revista de Historia de América*, 168, 233-252. <https://doi.org/10.35424/rha.168.2024.5748>
- Pratt, M. L. (2011). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.
- Prieto, A. (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Sudamericana.
- Roca, J. L. (2001). *Economía y Sociedad en el Oriente Boliviano (Siglos XVI-XX)*. Cotas Ltda.
- Sanabria Fernández, H. (2009). *En busca de Eldorado. La colonización del Oriente boliviano*. La Hoguera.
- Toledo Suárez, A. (2014). *De Santa Cruz a París en 1894*. Grupo La Hoguera.
- Tristán, F. (2022). *Peregrinaciones de una paria y otros textos recobrados*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <https://doi.org/10.2307/j.ctv2v88cz3>
- Vaca Díez, A. (25 de mayo de 1923). Datos para la Historia del Beni. El río Orton y su colonización. *La Gaceta del Norte*, 36(63), 1.
- Villar, D. (2020). *Bolivia a vapor*. El País.
- Villar, D. (2022). La fe y la evidencia: vida y obra de Nicolás Armentia. Armentia, *Relación histórica de las misiones franciscanas de Apolobamba* (1903), *Descripción del territorio de las misiones franciscanas de Apolobamba por otro nombre Frontera de Caupolicán* (1905) (pp. 11-45). Plural y Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Wright, M. R. (1907). *Bolivia. El camino central de Sur-América, una tierra de ricos recursos y de variado interés*. Jorge Barrie e hijos Editores. <https://n2t.net/ark:/13960/t0wq0p18p>

PARA CITAR EN APA 7

Córdoba, L. (2026). Entre barracas y tragedias: Rosa Oporto en la Amazonía boliviana (1892-1894). *Estudios Atacameños (En línea)*, 72: e6724. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-6724>

